

CAPÍTULO 16

INMIGRACIÓN Y DIFERENCIACIÓN SOCIOESPACIAL: DISCURSOS, PRÁCTICAS Y SENTIDO SOCIAL DEL TRAZADO DE FRONTERAS INTERÉTNICO

Heidi Strohmayer, Claudia Carrasquilla Coral, Mari Luz Castellanos Ortega, Iñaki García Borrego y Andrés Pedreño Cánovas

INTRODUCCIÓN

A partir de los resultados de investigaciones empíricas recientes sobre las nuevas formas de exclusión residencial en la Región de Murcia¹ y sobre las relaciones interétnicas en varios municipios de ese mismo espacio regional², este texto plantea las lógicas de diferenciación espacial de la población inmigrante que recorren los espacios del ocio, de la calle, de la vivienda y otros ámbitos donde se suceden las interacciones entre sociedad receptora y población inmigrante. El territorio aparece configurado por múltiples fragmentaciones y divisiones que conforman un trazado de fronteras constituido socialmente, que aún en sus formas cambiantes y variables, reproducen las lógicas de diferenciación social de la población inmigrante. Solamente a un nivel extraterritorial cabe pensar estrategias para superar estas divisiones y diferenciaciones que se suceden en el territorio, a través de un derecho de ciudad (Etienne Balibar) o un derecho a la producción social del espacio (David Harvey).

De tal modo, se va a analizar esta diferenciación espacial considerando, por un lado, la estructuración de los territorios de la inmigración en la Región de Murcia, y por otro, los discursos de la sociedad receptora, que legitiman y constituyen discursivamente dicha diferenciación en el imaginario y las representaciones sociales.

¹ Proyecto de investigación sobre “las dificultades de acceso a la vivienda de los colectivos desfavorecidos” realizado entre septiembre del 2003 y enero del 2004 con financiación de la entidad CEIS-INTEGRA. El título del documento donde se recoge la investigación es: *Desalojados del derecho a la vivienda y a la ciudad: las nuevas formas de exclusión residencial en la Región de Murcia*, Murcia, 2004.

² Proyecto de investigación “Mecanismos que favorecen la interculturalidad entre los jóvenes”, realizado durante el año 2003 y 2004 y financiado por la Mancomunidad de Servicios Sociales del Sureste (Torre Pacheco, Fuente Álamo y La Unión). El título del documento donde se recoge la investigación es: *¿Trazando fronteras o marchando juntos? La producción social de las relaciones interétnicas entre jóvenes. Un estudio sobre Torre Pacheco, Fuente Álamo y La Unión (Región de Murcia)*. La investigación ha sido publicada recientemente: Pedreño (coord.) (2005).

1. LA ESTRUCTURACIÓN DE LOS TERRITORIOS DE LA INMIGRACIÓN EN LA REGIÓN DE MURCIA

La Región de Murcia forma parte del grupo de provincias españolas donde la inmigración extracomunitaria tiene un importante peso demográfico. La presencia de trabajadores inmigrantes en la Región murciana ha estado muy vinculada desde hace dos décadas a las necesidades expansivas de mano de obra del modelo agrícola de hortofruticultura intensiva. En este sistema productivo se ha roto con la secular estacionalidad del producto agrícola hasta conseguir ciclos anuales de producción que han aproximado a estas agriculturas a las características de un proceso de trabajo industrial. Estos rasgos concurren en el establecimiento de la relación salarial como relación social de producción dominante en la hortofruticultura murciana (tasas diferenciales de asalarización del 74,7% en la horticuultura y del 41,3% en la fruticultura, aunque superando el 95% en las explotaciones de titularidad empresarial). Esta agricultura plenamente salarial ha requerido de un suministro cuantioso de fuerza de trabajo que es el que ha venido proporcionando las migraciones internacionales.

De esta forma los trabajadores inmigrantes se han instalado en las localidades agroexportadoras por la disponibilidad de empleo, dadas las necesidades ingentes de trabajo en los cultivos intensivos. Es por ello que los principales municipios de estas agriculturas concentran una importante población inmigrante, con porcentajes que pueden oscilar entre el 15 y el 30% sobre el total de la población municipal. A esta realidad no es ajena la propia estrategia empresarial de constitución de un ejército de reserva que presione para contener los salarios y facilite la sustitución de la mano de obra. La inmigración ilegal ha ocupado una importante centralidad en este ejército de mano de obra jornalera, la cual ha venido reproduciéndose en estos años a pesar de los diferentes procesos de regularización habidos entre 1994 y 2001.

La territorialización de los inmigrantes en la geografía regional ha seguido dos fases. En un primer momento (entre finales de los 80 y mediados de los 90), la población inmigrante mayoritariamente marroquí sufrió un fuerte marcaje estigmatizante que moldeó un programa específico de ordenación del territorio, el cual dispuso que los trabajadores inmigrantes (en aquéllos momentos de procedencia magrebí mayoritariamente) habían de vivir en las afueras de los pueblos, en caseríos dispersos por el campo, viviendo hacinados en "infraviviendas". Esta ordenación del hábitat se asentaba sobre un orden simbólico muy significativo: se les quería cerca de los campos donde trabajan, pero lejos de los pueblos donde residen los ciudadanos.

Desde mediados de los 90 este paradigma territorial se reformula debido a una serie de procesos concatenantes: 1ª) el crecimiento y diversificación de la población inmigrante, especialmente tras la llegada a finales de los 90 del segundo flujo migratorio cuantitativamente numeroso de origen ecuatoriano; 2ª) la diversificación de la oferta de empleo para inmigrantes en mercados laborales extraagrarios como la hostelería, la asistencia doméstica, la construcción; 3ª) la intervención de la política local que vio en los núcleos de chabolas de inmigrantes fuentes potenciales de riesgo y apostó por su progresiva demolición; y 4ª) las posibilidades de explotación de los inmigrantes a través de sobrealquileres de vivienda en los núcleos urbanos. El resultado es que aunque puedan aún permanecer esas situaciones de infravivienda en el diseminado, lo cierto es que se han venido creando enclaves de inmigrantes, más o menos segregados espacialmente, en el interior de los

pueblos e inclusive en las ciudades de la región (Cartagena, Lorca y Murcia tienen ya sus barrios de y para inmigrantes). Esta apertura territorial del hábitat de los inmigrantes ha implicado una mayor aproximación de los inmigrantes al espacio de los ciudadanos, lo cual no ha de considerarse necesariamente un indicador de “integración social”, sino que por el contrario puede generar situaciones de conflicto derivadas de la mayor competencia por el espacio de sociabilidad cotidiana y los recursos, como defienden algunos analistas en su interpretación de los sucesos de El Ejido en febrero de 2000 (Río, 2002).

En el contexto de la investigación mencionada anteriormente (véase nota a pie 1) sobre las nuevas formas de exclusión social y residencial en la Región de Murcia, hemos podido visualizar estas tendencias de diferenciación espacial de la población inmigrante a nivel regional, a través de la fuente del Censo de Población del 2001. Es precisamente allí donde la presencia de inmigrantes es mayor (municipios como Mazarrón, Torre Pacheco o Fuente Álamo) donde están operando estas lógicas de diferenciación espacial, de tal modo que los porcentajes de población inmigrante residente en pedanías del municipio son prácticamente iguales o superiores a los de la población inmigrante residente en el núcleo urbano. En los municipios de Murcia y Cartagena, por su parte, donde el colectivo de inmigrantes es grande pero el porcentaje con respecto a la población total no es muy elevado, estas lógicas se acentúan. Lo mismo ocurre en municipios ligados a la actividad agrícola, como Torre Pacheco, o municipios del litoral como Los Alcázares y Mazarrón, donde la actividad agrícola se complementa con la actividad en el sector turístico, y donde los inmigrantes se ven relegados a los mismos espacios en los que trabajan. En general, se advierte una situación de diferenciación espacial que correlaciona con la segmentación del mercado laboral. Esto es, los inmigrantes ocupan espacios socialmente degradados ligados a actividades productivas cuyo “prestigio” social ha decaído en las últimas décadas. A su vez, dentro del colectivo de inmigrantes en conjunto se aprecian diferencias según la procedencia de los inmigrantes (marroquíes/ecuatorianos).

En la investigación referida también hemos podido detectar una serie de lógicas de diferenciación en las prácticas residenciales de la población inmigrante, tales como: 1º) las dificultades para el acceso a una vivienda digna, sea en régimen de alquiler, sea en régimen de propiedad; 2º) el hacinamiento, los sobrealquileres raciales o las viviendas en mal estado son discriminaciones residenciales que están experimentando un importante porcentaje de los inmigrantes; 3º) la emergencia de dinámicas de diferenciación espacial que limitan la distribución espacial de la población inmigrante en la ciudad a unos cuantos barrios céntricos o depauperados, los cuales además quedan estigmatizados socialmente como espacios no deseables o devaluados. En las zonas rurales, los inmigrantes marroquíes se concentran mayormente fuera de los centros urbanos, bien en el diseminado, bien en las pedanías; 4º) las viejas problemáticas de los “sin techo” (o homeless), de los barrios desfavorecidos o de las minorías étnicas estigmatizadas (gitanos), están actualmente agrandándose con el fenómeno de las migraciones.

En definitiva, y sintetizando lo dicho hasta ahora, la distribución territorial de la población inmigrante en la geografía regional sigue unas pautas eminentemente rurales dado el importante peso específico que tienen los mercados de trabajo agrícola en la contratación de inmigrantes. Sin embargo, también las dos grandes ciudades de la región, Murcia y Cartagena, están acogiendo en los últimos años un importante contingente de población inmigrante, la cual se localiza fundamentalmente en los centros urbanos (casco antiguo y barrios populares céntricos). Las territorializaciones de los inmigrantes han venido con-

formándose según pautas diferenciadas por procedencia, especialmente en cuanto a la diferenciación marroquíes-ecuatorianos. Así, los inmigrantes de origen africano se localizan con mucha mayor frecuencia que los ecuatorianos en las pedanías y diseminados rurales de los municipios murcianos, como ocurre en el caso de Lorca, Murcia, Totana, Fuente Álamo y Torre Pacheco (estos dos contando con un porcentaje elevado de población africana con respecto a la población proveniente de otros continentes). Para la cuestión de la localización de la vivienda, esta diferenciación significa: por un lado, la vivienda que se encuentra en el centro de los núcleos urbanos tiende a estar ocupada fundamentalmente por inmigrantes de origen ecuatoriano, mientras que la que se sitúa en la periferia, sea en los extrarradios de los núcleos urbanos o en las pedanías y en diseminado rural, predominan los inmigrantes de procedencia marroquí). Esta segmentación se relaciona con el sistema de representaciones que la sociedad receptora tiene sobre los inmigrantes de un origen u otro (tal y como se verá en el siguiente apartado).

2. LO SIMBÓLICO Y LO MATERIAL EN LAS PRÁCTICAS DIFERENCIALISTAS

La diferenciación espacial de los diferentes colectivos de inmigrantes es una práctica de ordenación del territorio que moviliza marcadores étnicos. Pero antes que en la práctica, la diferenciación se manifiesta en los discursos. A través de una serie de entrevistas y grupos de discusión a jóvenes locales de Fuente Álamo y Torre Pacheco (dos localidades agroexportadoras del Campo de Cartagena con una fuerte presencia de migraciones extracomunitarias)³, hemos buscado detectar cómo la práctica diferenciadora se legitima y constituye discursivamente, en el imaginario y las representaciones de la sociedad receptora.

Antes de entrar en el orden de lo simbólico a través de los discursos recogidos en nuestra investigación, es importante atender a los cambios que ha introducido el flujo migratorio en la estructura social y demográfica de los municipios estudiados, entre los cuales cabe destacar los siguientes: a) un considerable incremento de las cohortes de edad jóvenes (especialmente entre los 20 y 34 años); b) una masculinización de la estructura demográfica, especialmente acusada en los municipios donde la inmigración marroquí es más intensa; y c) una etnificación de las posiciones sociales de proletariado y subproletariado⁴.

2.1. Los discursos y la legitimación de la diferenciación socioespacial

Para saber qué piensan los jóvenes autóctonos de estas localidades sobre la inmigración es mejor no preguntárselo directamente, porque en ese tema, como en muchos otros (por ejemplo la sexualidad, el dinero, la moralidad...) hay una gran distancia entre lo que se comenta en privado, sólo a los más allegados, y lo que se enuncia abiertamente. Para llegar a saber cómo ven los jóvenes autóctonos a los inmigrantes mejor que preguntárselo directamente (pues raro sería que fuesen plenamente sinceros ante unos forasteros desconocidos y en una situación que no forma parte de su vida cotidiana, como es la de partici-

³ Este trabajo de campo forma parte de la investigación referida, Pedreño (2005).

⁴ La fundamentación empírica de estos cambios sociodemográficos se ha realizado fundamentalmente a través del Padrón Municipal de Habitantes, y su exposición más detallada puede encontrarse en el capítulo 2 de Pedreño (coord.) (2005).

par en una investigación social), hay que tratar primero de entender, como una forma indirecta de acercamiento al tema, dónde los ven, es decir, las circunstancias en que toman contacto con ellos en el transcurso de su vida cotidiana.

Esto es importante no sólo para conocer a qué espacios asocian la presencia de inmigrantes en las localidades que ellos habitan (si los ven como mera mano de obra para trabajar los campos, si comparten con ellos lugares de ocio y actividades de diversión, etc.), sino también para comprender desde dónde miran a esos otros jóvenes que vienen de lugares estigmatizados como “países pobres”, “atrasados”, etc. Para vislumbrar el “lugar simbólico” que ocupan en el paisaje social local los inmigrantes (si son vistos con normalidad o con indiferencia, con recelo, como extraños, o invasores, o sospechosos de alterar el día a día...), vamos a ver cuáles son los escenarios y los ritmos de la vida cotidiana de los jóvenes españoles de esas poblaciones a cuya realidad nos estamos acercando.

Lo primero que llama la atención del contenido de los discursos acerca de la inmigración y los jóvenes inmigrantes es que este se presenta a través de una forma y un proceso discursivo, aun con matices, bastante homogéneo. El discurso aparece vertebrado en todo momento alrededor del eje de la diferencia cultural, y es en torno a él que se pueden distinguir lo que no son sino dos polos dentro de ese mismo discurso: el uno esgrime esa diferencia como explicación de la práctica ausencia de contacto entre los colectivos objeto de estudio y como justificación de la falta de interés o instrumentos propios para abordar ese contacto; se trata de una postura que, como veremos, entra de lleno en lo que se ha dado en llamar racismo esencialista o cultural; el otro polo discursivo resalta igualmente esas diferencias culturales para desplegar sobre esa diferencia el discurso más políticamente correcto de la integración. Se trataría, en este segundo caso, de la censura estructural mencionada en líneas precedentes, que hace que el discurso de los miembros de un grupo de discusión evolucione hacia “lo que el grupo percibe como lo más legítimo en la sociedad global” (Martín Criado, 1998:115).

En ambos casos, sin embargo, se parte de una esencialización de los colectivos a partir de unas diferencias culturales que se conciben para los sujetos entrevistados como condicionantes estructurales que están determinando la posibilidad del contacto. En su versión más extrema, estas diferencias no están solo determinando la posibilidad del contacto, sino justificando la imposibilidad a priori del mismo. En la medida en que este énfasis en las diferencias culturales no está socialmente censurado (en virtud de su cara positiva, la que hace hincapié en la integración y se apoya en conceptos como el de multiculturalidad⁵), el discurso de los sujetos discurre a lo largo de esta postura, bien sea en su versión imposibilitadora, bien sea en la de la integración, adoptando finalmente ésta. Como veremos, este discurso se enfatiza cuando se habla de determinados grupos como el de los inmigrantes marroquíes, y aparece más atenuado cuando son los ecuatorianos el grupo sobre el que se discute.

Podría decirse que el lugar simbólico que ocupan los inmigrantes en el imaginario de los jóvenes españoles participantes en los grupos de discusión y entrevistas realizadas, está definido por unos extraños contornos, que hacen que dos hechos aparentemente con-

⁵ Estos conceptos oscilan entre los extremos de una interpretación utilitaria en cuanto a la aportación cultural, demográfica y económica del inmigrante -y por tanto su integración es necesaria cuando la coyuntura lo permite- y una interpretación de amenaza cultural, como nos enseña un estudio en profundidad realizado en Alemania considerando la discusión política bajo el lema de la multiculturalidad (Frank, S., 1995) y como también se puede observar en la evolución de la política de extranjería en Francia (Strohmayer, 1996).

tradictorios afecten al mismo tiempo a las poblaciones inmigrantes: la invisibilidad y la hipervisibilidad. La primera significa que a veces, escuchando a los jóvenes hablar de sus pueblos, se diría que en estos no hay ningún inmigrante, pues ni se les menciona ni se les tiene en cuenta para nada, casi como si fueran invisibles, o como si no existieran. Pero en otras ocasiones, la forma en que se habla de ellos parece indicar todo lo contrario, mostrando hasta qué punto esos inmigrantes llaman poderosamente la atención de los autóctonos, que se fijan detalladamente en todo lo que tiene que ver con los inmigrantes, aunque casi siempre “de lejos”, precipitada y superficialmente, sin llegar a conocerlos de cerca. Esas supuestas diferencias de los inmigrantes tienen mucho más que ver con la posición social de las personas que con unos supuestos rasgos fenotípicos o “raciales”. No es en absoluto casual que sea a los miembros de grupos sociales desfavorecidos a quienes se somete a una observación más detallada, hasta encontrar las supuestas marcas de su “diferencia” por pequeñas que sean, hasta el punto de que puede afirmarse que más que de una observación se trata, por decirlo en términos futbolísticos, de un férreo marcaje al equipo contrario.

El lugar de trabajo. En todo momento los entrevistados asumen la presencia de los inmigrantes como algo directamente beneficioso para sus pueblos. Efectivamente, se reconoce un cambio en las estructuras socioeconómicas que ha conllevado modificaciones en las posiciones previas en la estructura social en sus municipios de referencia (Fuente Álamo y Torre Pacheco, ambos en el Campo de Cartagena), unos cambios que se manifiestan a través del consumo (buenas casas, buenos coches).

Este cambio en las estructuras socioeconómicas es indirecta o directamente ligado a la presencia, en este caso beneficiosa, de los inmigrantes en el pueblo, de tal modo que hay al menos un grupo social que les está en cierto sentido agradecido: los agricultores. Ahora bien, este cambio en las estructuras socioeconómicas y la consiguiente complejización que de todo ello se deriva también viene acompañado en algunos casos de cierta pérdida de los lazos sociales tradicionales en el pueblo que hacían de la localidad una comunidad. En último término, esta pérdida de los lazos (y la nostalgia por la comunidad perdida) aparece ligada de nuevo a la presencia indeseable de un número excesivo de inmigrantes que se hacen visibles en el espacio público. De nuevo se habla en tercera persona para referirse, esta vez con cierto rencor, a quienes los han traído, los agricultores.

La cuestión del trabajo apenas aparece en los discursos de los sujetos cuya edad ronda la veintena, y sólo es mencionado de pasada por aquellos algo más mayores. De forma pareja, tampoco aquellos que realizan estudios universitarios los mencionan para nada, por lo que podemos pensar que si no hablan de sus trabajos o sus estudios es porque esas actividades, independientemente del tiempo que dediquen a ellas a lo largo de la semana, no ocupan un lugar importante en su experiencia vital subjetiva, en su forma de ver el mundo y vivir su vida cotidiana, mucho más centrada en los tiempos de ocio y de encuentro con el grupo de amigos/as.

Si señalamos esto es porque esa jerarquía territorial es al mismo tiempo una jerarquía social, y casi podría decirse que una jerarquía étnica: para ellos, en el campo sólo hay marroquíes, quienes en cierto sentido pertenecen a ese lugar, ya no sólo porque (como vimos más arriba) estén en España para ser mano de obra, sino porque ya en Marruecos eran gente del campo. De manera que el contacto interétnico en el ámbito laboral es mínimo: como expresa una mujer de 21 años, “en el trabajo, como la inmigración viene a trabajar al campo, no hay contacto”.

Los lugares del ocio. Aunque no es muy conveniente generalizar en este tema, pues se han cometido muchas simplificaciones hablando de la juventud como si se tratase de un grupo social homogéneo, podría decirse que la mayoría de los jóvenes de los municipios donde se han realizado los grupos de discusión y entrevistas (Torre Pacheco y Fuente Álamo) emplean su tiempo libre de manera muy parecida a como lo hacen muchos jóvenes españoles de otros pueblos y ciudades. Separando tajantemente el fin de semana de los días laborables, su ocio gira en torno a la reunión en locales hosteleros (bares, pubs, discotecas...) donde el consumo de bebidas funciona como un pretexto para el encuentro del grupo de amigos y para el acercamiento a las personas del sexo opuesto en clave de seducción.

Como acabamos de ver, ese tiempo transcurre en determinados espacios: los mencionados pubs y discotecas, también los cines a los que acuden para disfrutar de las películas de estreno. Y es precisamente cuando hablan de esos cines cuando se manifiesta de forma clara la forma en que ordenan simbólicamente el territorio que habitan, en una escala descendente, que va de lo mejor a lo peor. Esa escala empieza en las ciudades, puntos de referencia de donde viene la oferta de ocio y de consumo (o mejor dicho: de consumo de ocio), a los que se acude siempre que se puede (por eso es muy importante para estos jóvenes tener carné de conducir), y acaba en el campo que rodea a los pueblos pequeños, al que se acude únicamente para trabajar en los trabajos más duros e indeseables, y que a efectos de establecer relaciones interpersonales de ocio y disfrute (que son las que más les interesan) es un espacio vacío, despoblado, completamente carente de interés.

¿Qué lugar ocupan los inmigrantes en ese escenario espacio-temporal? Siguiendo lo dicho más arriba, podemos observar que para los jóvenes españoles que acuden a esos centros de reunión la presencia de jóvenes oriundos de países como Ecuador o Marruecos resulta o bien invisible o bien hipervisible. Invisible, porque en principio no forma parte integrante y en condiciones de normalidad de esos lugares, como si esa presencia no “encajase” en ellos. Los jóvenes españoles de esos pueblos no hablan de lugares a donde acuden jóvenes de diferentes nacionalidades o grupos étnicos, sino de pubs o discotecas “de españoles” y pubs o discotecas “de ecuatorianos” (en los llamados “bares de día” o “bares de cañas”, lugares frecuentados más por adultos que por jóvenes, parece que las fronteras no son tan rígidas). Y si esta situación de diferenciación es la normal, no es de extrañar que cuando alguien cruza la frontera llame enseguida la atención, disparándose los mecanismos de la hipervisibilidad en ambas direcciones, tanto cuando los ecuatorianos van a sitios de españoles como cuando son estos quienes se adentran en los lugares frecuentados por aquellos. Pero es muy curioso observar el doble rasero utilizado para valorar esas dos situaciones aparentemente simétricas.

Cuando se les pregunta por qué no hay ecuatorianos en los locales a los que acuden ellos, los jóvenes españoles adoptan un tono defensivo, apresurándose a explicar que nadie les impide hacerlo. Como decíamos más arriba, nadie quiere ser acusado de racista, y todo el mundo se defiende de tal acusación incluso antes de que ésta llegue a formularse. Pero cuando se les pregunta por qué los españoles no van a los sitios “de ecuatorianos”, el tono de la respuesta es bien distinto: “Por el ambiente, porque si yo voy con los amigos y estoy ahí rodeado de extranjeros, pues macho, quieras que no, no te sientes...”; “Y por la música, que no entiendes nada de lo que dice...” (fragmentos del grupo de discusión realizado con jóvenes locales).

Quienes así responden no se plantean en ningún momento que la razón por la cual los ecuatorianos no acuden a los locales frecuentados por españoles puede ser la misma que hace que ellos no vayan a pubs “de ecuatorianos”. Y aunque se lo plantearan, seguramente acabarían coincidiendo en lo que señalan otros jóvenes al hablar del mismo tema: que es a ellos, a los otros, a los ecuatorianos, a quienes corresponde hacer el esfuerzo de la “integración” (por muy supuestamente “intercultural” que ésta se pretenda). Es más: de no hacerlo, seguramente caerá sobre ellos la acusación de “encerrarse en su gueto”. Vemos pues que, una vez más, lo importante no son las supuestas diferencias, sino las desigualdades, el hecho de que unos están en mejores condiciones que otros desde el punto de partida.

Más invisibles aún parecen resultar los marroquíes, de los que ni siquiera se habla en relación al ocio. Si de los ecuatorianos se sabe por lo menos que tienen sus lugares, aunque sean lugares periféricos o segregados de los espacios principales (esas nuevas discotecas comarcales cada vez más grandes y mejor ambientadas a las que acuden los jóvenes españoles), de los marroquíes nada se dice, pues nadie parece saber (ni tener curiosidad por descubrirlo) a qué dedican sus momentos de ocio. Pero rápidamente comprendemos que si los españoles no hablan del ocio de los marroquíes no es sólo porque no sepan a dónde van para divertirse o distraerse, sino por algo profundamente significativo: porque no se piensa que los marroquíes tengan un tiempo ni un lugar de ocio, dado que se les contempla como mano de obra pura, que pasa su tiempo trabajando en ese lugar de trabajo (así aparece siempre que se hace referencia a él) que es el campo.

Antes de tratar esa cuestión con más detalle, digamos solamente unas palabras sobre el deporte, que como forma de ocio no parece atraer el interés de los jóvenes españoles. De hecho, cuando se lo menciona es como una forma de ocio practicada por los inmigrantes ecuatorianos, a quienes los jóvenes españoles ven disfrutar cuando se reúnen para jugar partidos de voleibol, llegando incluso a expresar envidia por ese ocio grupal al aire libre tan opuesto al dominante entre la población juvenil e infantil española, de carácter más individualista y consumista.

La apropiación del espacio público. Si hay algún lugar que sea primordial para el reconocimiento de la presencia de una determinada población o grupo humano es el espacio público de las calles y plazas de las ciudades y pueblos, sobre todo en sus zonas céntricas. Por una parte ese espacio se opone al de la privacidad de cada uno (su casa), y por otra a los otros espacios destinados a una actividad específica, como los que hemos visto destinados al ocio (locales de hostelería) o al trabajo (campo), puesto que la calle es un lugar polivalente, principalmente de tránsito (cada vez se está menos en la calle, solamente se pasa por ella) pero también de representación social de las personas. Estas, dedicadas cada una a sus quehaceres específicos, se cruzan en la calle unas con otras, y al cruzarse se observan, se encuentran, se reconocen y, eventualmente, se saludan y conversan.

Siendo así las cosas, puede entenderse la importancia que tiene la forma en que se perciba la presencia de los inmigrantes en ese espacio público, y la forma en que ésta sea percibida por los españoles, pues ese es el espacio por excelencia de la sociabilidad y las relaciones interpersonales.

Por ello, no da motivos para ser optimistas sobre la buena marcha de las relaciones interétnicas en las localidades de las que estamos hablando el constatar que esa presencia es recibida por los autóctonos con extrañeza, o incluso con cierto recelo cuando se trata de marroquíes. El que estos se agrupen en torno a los lugares donde llevar a cabo ciertas

actividades que comparten por el hecho de ser miembros de una comunidad de inmigrantes procedentes del mismo país, cosa perfectamente normal se sucede con todos y cada uno de los grupos de población a los que pertenecen las personas (los niños tienen sus espacios de juego, las personas de la tercera edad ocupan los parques y paseos, los amantes del deporte tienen sus lugares de reunión, etc.), no termina de ser observada con normalidad por quienes llevan más tiempo en esos pueblos y los sienten como suyos.

Esta suspicacia se expresa de diferentes formas, de las cuales destacaremos por sus implicaciones la de referirse a las calles o zonas urbanas donde los marroquíes tienen una presencia significativa como “sus calles” y “sus zonas”. Estas expresiones no se usan de forma neutral o meramente indicativa, sino con intensas resonancias de exclusión social, como si esos lugares, al ser suyos, ya no pudieran ser de nadie más o de todos en general, como ocurre con el resto de los espacios públicos. Como en aquel relato del escritor argentino Julio Cortázar titulado “casa tomada”, los jóvenes españoles parecen sentir el asentamiento de los inmigrantes marroquíes en los espacios públicos como una especie de extraña fuerza de ocupación, que a medida que se extiende por el territorio urbano va expulsando de él a quien hasta entonces se sentía como propio.

Pero, ¿a partir de qué momento se empieza a decir que los marroquíes se han apropiado de una calle o zona? Los elementos que marcan ese tránsito, del que los jóvenes hablan como de algo rápido, casi imperceptible (algo que sucede antes de que uno pueda darse cuenta de ello), son básicamente dos:

1) La instalación en ella de locales comerciales o de otro tipo (bares, mezquita, etc.). La presencia de esos locales bastaría por sí misma para decir que una zona es de los marroquíes, pues la actividad comercial es precisamente una de las más características más emblemáticas del espacio público, dado el flujo de personas que acuden a esas tiendas para adquirir sus productos y, de paso, encontrarse con otros, charlas, transmitir y recibir informaciones de todo tipo... (de siempre mercados, zocos, mercadillos, etc. han sido lugares de intenso tránsito y gran número de interacciones personales, como lo son hoy en día esa extraña mezcla de espacios público y privado que son los centros comerciales). Entre esos lugares de los marroquíes, y aunque no sea un espacio comercial, la mezquita (de la que sin embargo no se sabe con certeza ni dónde está ni si realmente existe: “creo que... cerca de...”) juega un papel muy destacado, por ser la materialización física de lo que todo el mundo entiende como la principal diferencia entre marroquíes y españoles: la religión.

2) En segundo lugar, hay algo que llama mucho la atención a los jóvenes, a juzgar por la forma en que hablan de ello: la presencia en esas calles de pequeños grupos de hombres marroquíes ociosos⁶, presencia inactiva que parece resultar particularmente inquietante, sospechosa o incluso amenazante, aunque nunca termine de estar del todo claro cuál es esa sospecha ni de qué se les acusa, pues este tema suele abordarse con una gran vaguedad que muestra que no hay nada relevante que relatar, ninguna anécdota, suceso o incidente al que referirse, tan sólo un cúmulo de sensaciones de incomodidad o malestar ligado al

⁶ La cuestión del ocio retorna aquí para mostrar la profunda incomunicación presente en las relaciones interétnicas: si cuando se hablaba de las formas de divertirse y ocupar el tiempo libre (ver más arriba) no se decía nada de los marroquíes, como si no se supiera qué hacen en su tiempo libre, aquí, al hablar de esa forma de ocio consistente en estar en la calle charlando en grupo, se despierta el recelo ante algo que no termina de percibirse como legítimo, a pesar de que culturalmente no resulta tan ajeno a lo que ha sido durante las décadas previas a la generalización de la sociedad de consumo la actividad de ocio dominante en las zonas rurales de la ribera mediterránea, y sigue siéndolo aún para muchas personas ancianas.

hecho de sentirse en una especie de territorio ajeno. Cuando se pide a los jóvenes que aclaren qué es lo que les provoca esa sensación, las respuestas varían entre hombres y mujeres. Los primeros dicen sentirse observados de forma hostil, con miradas que según ellos estarían diciendo: “no eres bienvenido aquí” (aquí, la acusación tácita sería la de estar formando un gueto). Por su parte, las mujeres enfatizan más las connotaciones sexuales de esa miradas, consideradas como una forma de acoso ejercido por sujetos a los que se supone profundamente machistas (otra acusación tácita: no hay que olvidar que, junto con la religión, este el otro tema que aparece siempre que se habla de las diferencias entre españoles y marroquíes).

Género y etnicidad se mezclan aquí estrechamente: la referencia al paso del tiempo histórico (“Yo no tengo que retroceder 50 años porque vengan ellos”), aparte de codificar las diferencias culturales en clave de progreso social (con la consiguiente estigmatización de los marroquíes como atrasados), muestra que el logro de ciertas cotas de libertad en la forma de presentarse y de vestirse las mujeres en público es aún hoy en día una conquista relativamente reciente en este país. Podríamos preguntarnos si no se estará de nuevo proyectando sobre los marroquíes un conflicto propio de la sociedad y la cultura española actuales.

En ambos casos se trata casi siempre de suposiciones que apenas se sustentan sobre hechos concretos, puesto que se apoyan más bien en proyecciones y atribuciones lanzadas a los marroquíes (con los que, por otra parte, nunca se habla, ni se entra en sus tienda, ni se consume sus productos) a partir de las impresiones que se tiene de ellos, por lo general bastante estereotipadas.

Así pues, la lógica que rige la presencia de los inmigrantes marroquíes en los cascos urbanos es la de la diferenciación, la separación clara entre los espacios ocupados por unos y por otros, como si la localidad entera se etnificase, impregnándose sus calles de las mismas marcas de separación que mantienen claramente diferenciados a españoles de inmigrantes (sobre todo, como venimos insistiendo, de inmigrantes marroquíes, pues al otro grupo del que se habla, el de los ecuatorianos, se le tolera mejor, en función de una supuesta “proximidad cultural” de la cual el idioma común se toma constantemente como muestra más clara).

Representaciones diferenciadoras ecuatorianos/marroquíes. Las representaciones de los ecuatorianos difieren en gran medida de las de los marroquíes. Los ecuatorianos son vistos de igual modo desde la asunción de la superioridad cultural. Sin embargo, las imágenes proyectadas son más amables, y están impregnadas de condescendencia ante comportamientos que, en el caso de los marroquíes, serían fuertemente reprobados, y que sin embargo en este caso resultan plenamente justificados.

Los mismos entrevistados aportan las razones de estas diferencias en la atribución de valores positivos sobre unos y otros, unas razones que, en último término y ante la falta de conocimiento real sobre las costumbres de los otros colectivos, tienen que ver con las consabidas diferencias culturales que acaban reduciéndose a los aspectos más visibles del otro, como puede ser la vestimenta, o máximo justificador de las actitudes de rechazo, el idioma.

La presunción del carácter violento de los marroquíes vuelve a manifestarse en los discursos sobre los ecuatorianos, personajes destacados en las narraciones que los jóvenes locales elaboran sobre aquéllos. Los marroquíes aparecen como personas agresivas que, en consonancia con su carácter de invasores, avasallan al resto de las personas cuando se

encuentran en los espacios públicos, especialmente a los ecuatorianos, que aparecen como las víctimas de los marroquíes en los relatos de los jóvenes locales.

En realidad, la mirada condescendiente sobre los ecuatorianos está escondiendo procesos de diferenciación socioespacial bastante acusados (está bien siempre que estén en donde tienen que estar) y representaciones que nos hacen pensar que los ecuatorianos no están tampoco exentos de ser aprehendidos como colectivo en abstracto sobre el que puede llegar a recaer la sospecha. Pues, en definitiva, sin representar una amenaza real para los jóvenes locales, los ecuatorianos no dejan de ocupar un lugar inferior en el ranking de culturas manejado por los jóvenes.

A lo largo de los discursos vemos cómo sobre los marroquíes se está proyectando continuamente la idea de la invasión. El fantasma de la invasión aparece especialmente cuando los marroquíes se hacen, como hemos dicho, demasiado visibles; tomar una plaza es mucho más que ocupar un espacio y parece conectar inconscientemente con ese otro sentido de plaza, las que tomaban los piratas berberiscos del siglo XVI. Estas metáforas, relativamente comunes en el discurso de los entrevistados, parecen pertenecer a ese género de metáforas que, de tan comunes, nos pasan desapercibidas, de tal modo que “con su uso reiterado, han cristalizado en tópicos o en conceptos, borrando las huellas de su origen metafórico. Es precisamente esa naturalidad adquirida (por el olvido del artificio que la origina) lo que las hace tan eficaces. Más que metáforas que decimos, son metáforas que nos dicen. Nos dicen lo que debemos ver y lo que no, así como la manera en que debemos verlo; lo que debemos sentir y lo que no, así como la manera en que debemos sentirlo” (Lizcano, 1996). Es entonces cuando el discurso adquiere un tono ciertamente bélico, a los inmigrantes se les empieza a atribuir una actitud abiertamente beligerante y, donde leemos guetto parecería casi podemos leer barricada o avanzadilla, según estén dispuestas en ese momento las tropas de uno u otro bando; a los ojos de los locales, más de una vez los inmigrantes se hacen fuertes en alguna plaza previamente tomada.

No hay lugar a dudas frente a lo que se ha definido como invasión: “una invasión sí es evitable; frente a ella no sólo cabe la lucha sino que parece la única actitud posible, pues ahora es todo el cuerpo el amenazado (...) Frente a una invasión sólo cabe rearmar al cuerpo amenazado: con fusiles, con vacunas o con la verdad verdadera” (Lizcano, 1996). En buena parte de los discursos de que nos hemos ocupado, es con la verdad verdadera como se pretende hacer frente a esta invasión. La verdad verdadera está sin embargo alimentada con poco rigor científico, de tal modo que antes de entrar en contacto con los sujetos, éstos ya han sido diagnosticados y analizados. La mirada sobre los inmigrantes es una mirada grupal. Los comportamientos atribuidos a un marroquí son rápidamente asimilados al resto de los inmigrantes marroquíes, especialmente los comportamientos punibles o amenazantes, de tal modo que si una vez un grupo de marroquíes tuvo problemas en un bar, ahora son todos los marroquíes los que no saben beber y por eso no se les deja entrar en los bares:

Atribuir caracteres, actitudes o comportamientos a los miembros de una etnia en función de su pertenencia a esa etnia, forma parte del denominado “nuevo racismo” (Balibar y Wallerstein, 1991). Los discursos de los entrevistados suelen enfatizar los rasgos culturales diferenciales de los inmigrantes, unos rasgos que son siempre observados y definidos de una manera homogénea, compacta, como algo estable y sin aristas. Este componente cultural no solo es distinto de entrada, sino que resulta ser muy difícil de cambiar, que es el objetivo que los jóvenes entienden como deseable cuando se les habla de las relaciones

entre unos y otros: “Pero la Semana Santa está tan arraigada a la tradición española y tal que no me veo yo a un ecuatoriano o a un moro llevando un trono, de momento no, ojalá...”.

Sin embargo, la necesidad de dejar una puerta abierta al discurso más políticamente correcto de la integración (entendiendo esta como asimilación) les hace mostrarse más cautos y reconocer que ésta es posible; eso sí, solo si uno se ha criado aquí, lo cual es tanto como decir que existen los procesos de socialización y que incluso los nacidos fuera de nuestro país son afectados por ellos a pesar de llevar sobre sí un lastre determinante, el del nacimiento en el extranjero. En consecuencia, a veces se tiene con los inmigrantes la deferencia de otorgarles un plazo razonable de tiempo.

En definitiva, estos jóvenes han consumado la sustitución del viejo racismo de tipo biológico fundado sobre las diferencias fenotípicas, que instauraba un orden de supremacía blanca, por un nuevo racismo de tipo cultural que se sustenta prácticamente sobre los mismos pilares y que consiste en sustituir fenotipo por cultura de una manera tal que casi podrían hablar, aun siendo un contrasentido, de fenotipo cultural. Así, en el discurso del nuevo racismo de corte cultural aparece otra vez la jerarquización de las culturas y la idea de pureza de la cultura propia, amenazada por la presencia de los inmigrantes marroquíes.

Consecuentemente, cuando se les habla de la situación de los inmigrantes en el municipio estos jóvenes piensan inmediatamente en el peligro que supone para ellos la adquisición por parte de aquellos de una serie de derechos culturales (que no civiles, políticos y sociales). En esta tesitura, resulta ser la visión de los inmigrantes como fuerza de trabajo la que atempera el discurso de los derechos culturales, y así se llega a una especie de consenso a partir de una especie de juego compensatorio: en la medida en que son fuerza de trabajo necesaria y que, en cierto sentido, nos estamos aprovechando de su disponibilidad, les podremos permitir que dispongan de letreros en su idioma. Es también esta concepción de los inmigrantes como fuerza de trabajo la que está impidiendo que se reproduzcan actitudes y discursos que abogan directamente por la expulsión de los inmigrantes de los municipios en los que están asentados.

¿Qué futuro con los inmigrantes? Finalmente, esta tensión entre las creencias y lo socialmente deseable –recordemos que desde el nivel institucional tiende a imponerse en la sociedad global un discurso fundado y tensado entre la integración y la multiculturalidad-, entre la concepción de la cultura como algo estático y la concepción evolucionista de la misma, hace que los jóvenes proyecten hacia el futuro la convivencia y la integración con los inmigrantes, delegando la responsabilidad de la acción participativa en las generaciones posteriores y en instituciones como la escuela. Es entonces cuando la integración aparece incluso de una manera incuestionable por parte de los miembros con mayor capital cultural de los grupos de discusión, pero de tal modo que queda en suspenso hasta un futuro lejano. El paso del tiempo por sí mismo y la intervención de los poderes institucionales funcionan como el señuelo de la abjuración de cualquiera responsabilidad por parte de los entrevistados en el cambio de una situación que no han dejado de definir como problemática en ningún momento y de la cual adoptan en ocasiones el papel de espectadores.

También cabe hacer recaer sobre los inmigrantes mismos la responsabilidad de su integración, lo cual resulta hasta cierto punto chocante teniendo en cuenta que el discurso latente es el de la dificultad y casi imposibilidad de superar las diferencias culturales debido a esas mismas diferencias culturales, en una suerte de argumento circular que gira

siempre, como hemos dicho, alrededor del eje de la diferencia cultural. De nuevo son los inmigrantes marroquíes los que salen perjudicados en esta representación del futuro.

Toda esta concepción de los inmigrantes como portadores pasivos de una cultura que se percibe amenazante se manifiesta a través de sentimientos que enmascaran el racismo latente en este discurso. Si por algo se caracteriza este nuevo racismo es porque los sujetos racistas no tienen sentimientos de odio o aversión sino de incomodidad, inseguridad y, en ocasiones, temor; sensaciones que provocan más la evitación del otro que no su agresión directa.

Esta sensación de incomodidad, inseguridad, y temor, se alimenta continuamente de lo que las mismas entrevistadas del grupo de discusión de mujeres denominan leyendas y mitos urbanos. En materia de inseguridad ciudadana, estas leyendas y mitos han venido o bien a llenar el vacío que han dejado en la imaginería fantasmática de las sociedades globales problemas asociados tradicionalmente con el Mal en términos absolutos, como la droga, o bien a sumarse a éstos o incluso a entrelazarse. Así, las generaciones de más edad de los municipios analizados consideran ahora que los principales problemas del municipio son la droga y la inmigración. Las leyendas y mitos urbanos que se centran en las actividades delictivas de los inmigrantes coinciden con el contenido de las representaciones ligadas a otros colectivos objeto de un racismo secular en nuestro país (como los gitanos).

Recordemos a este respecto que los rumores como forma de comunicación social surgen básicamente cuando hay una carencia de información que requiere una respuesta inmediata. En el caso de las relaciones entre jóvenes locales y jóvenes inmigrantes esta necesidad de información es clara, pues es ampliamente reconocido por aquellos que no existe el contacto (“de todas formas es prácticamente imposible, porque como no frecuentamos los mismos sitios nunca”) y, por tanto, el intercambio de información, entre unos y otros. Lo importante de un rumor, sin embargo, no es tanto la información que transmite sino el estado de cosas del que da cuenta (Kapferer, Jean Noel: 1989). El rumor no necesita ser demostrado, basta con que circule entre el grupo de referencia del receptor. Dicho en otras palabras: es verdad todo aquello que nuestro grupo de referencia define como verdad.

2.2. Trazado de fronteras y distribución interétnica de los recursos sociales

La investigación realizada en los municipios de Torre Pacheco, Fuente Álamo y La Unión nos ha mostrado cómo los ámbitos socioespaciales de interacción entre los jóvenes españoles e inmigrantes (ocio, trabajo, espacio público, tejido asociativo, fiestas locales, etc.) están segmentados por un trazado de fronteras interétnicas creadas, en palabras del sociólogo Enrique Martín Criado, “bajo dinámicas intergrupales de enfrentamiento en el seno de espacios sociales y políticos: se trata de, seleccionando determinados rasgos que funcionan como marcadores de la pertenencia étnica, imponer una visión de la frontera cultural como algo bien delimitado, homogéneo y que deriva en la exigencia de un reconocimiento distintivo” (citado por Río, 2005:369-370).

Nos interesa subrayar esta idea de la etnicidad como construcción social de un marcador diferenciador de identidades: “las manifestaciones étnicas no pueden, por tanto, estudiarse como resurgimientos de identidades nativas, intemporales o inmutables, sino como usos estratégicos puntuales de un acervo de recursos culturales: como reinterpretaciones estratégicas de identidades colectivas para la lucha por recursos en nuevos espacios políti-

cos de distribución interétnica de tales recursos. Así, estudiar etnicidades supone centrarse en los mecanismos de interacción que, utilizando la cultura de manera estratégica y selectiva, mantienen las fronteras culturales ... Pero esto no supone tampoco que las entidades étnicas sean creaciones libres de los sujetos. Las tácticas simbólicas de cada grupo encuentran su límite tanto en la interdependencia con las tácticas de otros grupos como en el stock de recursos culturales y cognitivos, acumulado y legitimado –o deslegitimado– por la historia anterior de un grupo” (Martín Criado, op. cit.).

Esta perspectiva nos ofrece una importante contribución para entender los procesos de etnificación de las diferencias socioespaciales que hemos venido analizando. En efecto, como ya se ha dicho, las migraciones internacionales han introducido en las localidades estudiadas importantes modificaciones en su estructura sociodemográfica, a) incrementando sustancialmente las cohortes de edad juveniles, y por tanto, modificando los equilibrios generacionales preexistentes; b) aumentando también el número de varones especialmente en los municipios de mayor llegada de inmigración marroquí, masculinizando de esta forma la estructura de género; y c) agrandando las posiciones sociales de proletariado y subproletariado por ser “los destinos” habituales de inserción de la población inmigrante, agudizándose así las dinámicas de polarización fragmentada en la estructura de clases local.

A través de estos cambios, constatamos que la etnicidad se entrelaza muy estrechamente con las relaciones entre generaciones, entre géneros y entre clases sociales. Son precisamente estos cambios los que activan el trazado de fronteras interétnico que hemos venido analizando, como estrategias de cierre social, es decir, “reinterpretaciones estratégicas de identidades colectivas para la lucha por recursos en nuevos espacios políticos de distribución interétnica de tales recursos” (Martín Criado, op. cit.). Las fronteras étnicas, los agravios interculturales y los hipotéticos conflictos se suceden en este contexto de alteración de las composiciones y equilibrios sociales preexistentes (generacionales, de género y de clase) con sus consiguientes controversias y disputas por recursos específicos de cada uno de esos campos relacionales: recursos económicos y laborales; recursos afectivos y libidinales; recursos relacionales y simbólicos.

Por todo ello, los problemas y conflictos propios de cada uno de esos campos de relaciones emergerán o se agudizarán con los cambios sociales ligados a la inmigración. Más aún: empezarán a ser leídos en clave étnica, como si fuesen las diferencias culturales las que los provocan. Si nuestra tesis es cierta, y creemos haber aportado pruebas de ello, el trazado de fronteras interétnicas tenderá a conformarse en los próximos años como un importante vector de estructuración de la sociedad local.

3. UNA REFLEXIÓN FINAL

Lo que nuestra investigación ha tratado de aportar es un análisis espacial del fenómeno migratorio, mostrando las diferenciaciones y segmentaciones que estigmatizan a estas poblaciones. Así, la diferenciación territorial que se ha puesto de manifiesto a partir de las 80 en la Región de Murcia está estrechamente relacionada con la oferta de trabajo, las posibilidades de alojamiento y vivienda y con las relaciones sociales que se pueden establecer en las localidades de recepción. Pero con anterioridad a esa práctica territorial, la diferenciación se manifiesta ya en los discursos (en el orden simbólico). Así se observa que en los discursos se trata de una esencialización del colectivo inmigrante a partir de la

diferencia cultural que oscila entre la imposibilidad del contacto entre autóctonos e inmigrantes y la posibilidad o necesidad de su integración en un futuro lejano. La representación social o el lugar simbólico que ocupan los inmigrantes en el imaginario de la sociedad dominante se caracteriza por su invisibilidad y al mismo tiempo hipervisibilidad en los lugares públicos, diferenciando entre el colectivo de los inmigrantes ecuatorianos y marroquíes. Nuestra perspectiva teórica considera que las diferenciaciones étnicas, los agravios interculturales y los hipotéticos conflictos se relacionan con los cambios en la estructura social local, es decir, tienen lugar en un contexto de alteración de las composiciones y equilibrios sociales preexistentes (generacionales, de género y de clase) con sus consiguientes controversias y disputas por recursos específicos de cada uno de esos campos relacionales: recursos económicos y laborales; recursos afectivos y libidinales; recursos relacionales y simbólicos.

Por todo ello estamos de acuerdo con Marazzi (2003:102) cuando afirma que “la territorialidad define vedas, diques, fronteras y verjas que minan de raíz la noción misma de democracia”. A esto mismo se refiere Balibar (2003: 176) cuando afirma que “las fronteras han cambiado de lugar”, han pasado de ser límites del territorio a resituarse en el centro del espacio político, “creando cada vez más problemas en el seno del espacio cívico, en el que son fuentes de conflictos, de esperanzas y de frustraciones para todo tipo de personas” (Balibar: 177). La definición territorial del estatuto de ciudadanía ha dejado de ser un vehículo de integración social de los excluidos, en la medida que el territorio se encuentra cruzado por fronteras diferenciadoras. ¿Cómo salir del imperativo territorial de la ciudadanía? ¿Cómo configurar un Estado extraterritorial, es decir, un tipo de Estado “que asegura una representación con paridad de derechos a la multiplicidad de sujetos que constituyen el espacio social y civil” (Marazzi, 2003:103).

Estos interrogantes han llevado a interesarnos a dos formulaciones de derechos que hemos encontrado en David Harvey y en Etienne Balibar. Harvey (2003: 286) aporta lo que denomina “derecho a la producción de espacio”: “... la producción de espacio significa algo más que la capacidad de circular por un mundo espacialmente estructurado y preordenado. Significa también el derecho a reelaborar las relaciones espaciales (formas territoriales, capacidades comunicativas y normas) de forma que el espacio pase de ser un marco de acción absoluto a constituir un aspecto relativo y relacional más maleable de la vida social”. Balibar (2003: 92) formula un “derecho de ciudad”: “un derecho de ciudad sirve de base y prepara la ciudadanía, sin prejuzgar las modalidades jurídicas bajo las cuales se va a establecer y transformar para adaptarse a las exigencias del mundo contemporáneo, bien a través de la modificación de los criterios de atribución de la nacionalidad, bien a través de una extensión progresiva de los derechos políticos a todos los residentes, independientemente de la nacionalidad, a escala local, nacional y comunitaria ... Las reglamentaciones indispensables de este derecho no pueden resultar más que de la negociación y del reconocimiento de los interesados como interlocutores válidos, legítimamente habilitados para explicar su situación, formular solicitudes y proponer soluciones”.

Ambos derechos son a nuestro modo de ver indispensables para una democracia extraterritorial que construya la ciudadanía no en referencia a un territorio, sino a través de lo que Milner llama “reuniones paradójicas”, “donde se juntan para construir su propia igualdad, o paridad de derechos, clases de individuos con identidades contrarias, cuyo reconocimiento mutuo es capaz de extender o de fundamentar de nuevo la ciudadanía: señores y servidores, hombres y mujeres, nacionales y extranjeros, pero también sabios e

ignorantes, sanos y enfermos, incluso hombres honestos y delincuentes o criminales” (Balibar, 2003:128).

BIBLIOGRAFÍA

- BALIBAR, E. (2003): *Nosotros ¿ciudadanos de Europa?*, Madrid, Tecnos.
- BALIBAR, E. y WALLERSTEIN, I. (1991): *Raza, nación y clase*, Madrid, IEPALA.
- FRANK, S. (1995): *Staatsräson, Moral und Interesse. Die Diskussion um die “Multikulturelle Gesellschaft” 1980 - 1993*, Freiburg, Lambertus.
- HARVEY, D. (2003): *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal.
- Kapferer, Jean Noel (1989): *Rumores, el medio de difusión más antiguo del mundo*, Buenos Aires, Emecé.
- LIZCANO, I. (1996): “La construcción retórica de la imagen pública de la tecnociencia. Impacto, invasiones y otras metáforas”, *Política y Sociedad*, 23.
- MARAZZI, C. (2003): *El sitio de los calcetines*, Madrid, Akal.
- MARTÍN CRIADO, E. (1998): *Producir la juventud*, Istmo.
- PEDREÑO, A. (coord.) (2005): *Las relaciones cotidianas entre jóvenes autóctonos e inmigrantes. Un estudio empírico sobre Torre Pacheco, Fuente Álamo y La Unión (Región de Murcia)*, Murcia, Laborum y Ediciones del Sureste.
- RÍO RUIZ, M. A. (2002): “El disturbio de El Ejido y la diferenciación de los inmigrantes”, *Anduli, Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 1.
- (2005): *Desegregación y conflicto étnico: un análisis del repertorio de protestas contra las políticas públicas de realojo y escolarización de comunidades gitanas en el posfranquismo*, Tesis Doctoral, Departamento de Sociología, Universidad de Sevilla.
- STROHMAYER, H. (1996): “Überblick über Migration und Einwanderungspolitik in Frankreich”, en *Projekt Transit: Flüchtlingsarbeit und Antirassismus im Dreieckland. Initiativen aus Frankreich Deutschland und der Schweiz*, Bonn, Stiftung Mitarbeit.